

Leo Roepert: *Die konformistische Revolte. Zur Mythologie des Rechtspopulismus*, Bielefeld: Transcript, 2022, 256 págs.

Este libro descifra como pocos el autoritarismo de nuestro tiempo. Sus virtudes saltan a la vista si se lo compara con buena parte de la bibliografía sobre el tema. Se trata de un contraste conscientemente elaborado por el autor, pues comienza poniendo en solfa las principales teorías académicas sobre los orígenes de la actual derecha populista, teorías que ordena en tres grupos: económicas, políticas y culturales.

Las primeras firman el relato de “los perdedores de la modernización”. Aunque existen estudios que demuestran la correlación entre voto ultra y precariedad, también es cierto que en países con bajas tasas de paro descuellan igualmente potentes movimientos autoritarios. Esta tesis presupone en sus seguidores la defensa racional de sus intereses. Pero ¿qué vínculo hay entre los renovados bríos nacionalistas y las necesidades económicas particulares? ¿Por qué alivia el miedo el calor de las banderas? Si el fracaso social sucede en un régimen de concurrencia de todos contra todos, ¿por qué se traza la línea de demarcación precisamente entre nacionales y extranjeros? ¿Por qué iban los recién llegados a ser mejores competidores que los vecinos de siempre? Este modelo no acierta a esclarecer las dimensiones irracional y simbólica del resentimiento que canaliza el caudillo populista.

El segundo grupo diagnostica una *democracia sin demos*. La soberanía usurpada por los tecnócratas explicaría el regreso de la nación zaherida y su anhelo de libertad. Una variante del análisis culpa a la izquierda partidista de haber fallado a los nuevos precarios. Su emblema podría ser el ensayo autobiográfico de Didier Eribon *Regreso a Reims*, que cuenta cómo su familia, comunista de toda la vida, se echó en brazos de Le Pen porque la izquierda prefería las políticas identitarias. Ciertamente esto podría explicar el rechazo a la élite, pero no las soflamas de la nación asediada por el Islam, la migración y el feminismo.

Las explicaciones culturales destacan la oposición entre los *somewhere* y los *anywhere*, los locales frente a los cosmopolitas. Los primeros se sienten acomplejados por su atraso educativo y sus costumbres pasadas de moda. La reacción nacionalista intentaría compensar este sentimiento de inferioridad frente a los “nómadas digitales” y la “clase creativa”, una compensación que agudiza la división existente. El problema es que este enfoque tampoco desentraña la repulsa al inmigrante, que no es imaginado como miembro de la élite transnacional, sino como un paria primitivo y peligroso.

La conclusión es evidente: los tres modelos teóricos son insuficientes para comprender el auge nacional-populista. Las raíces hay que buscarlas en otro lugar.

Para ello Roepert sigue el rastro de su andamiaje discursivo: el racismo y el anti-semitismo. El primero no es solo un prejuicio individual sobre la superioridad biológica de un grupo, sino una visión del mundo que determina prácticas, instituciones e identidades. Desde el XVIII hasta la segunda mitad del XX, en general se aceptaba la existencia de razas superiores. Aunque al finalizar la II Guerra Mundial las democracias occidentales pasaron a verse a sí mismas como antirracistas, no por ello revisaron todos los presupuestos ideológicos que hasta hoy las sostienen.

El racismo moderno postula una relación antagónica entre espíritu y naturaleza. La superioridad del europeo respondería a su capacidad secular para haber separado y controlado la naturaleza, fuera y dentro de sí, y por ello haber alcanzado la condición de sujeto. En cambio, los “otros” habrían fallado en la escisión y arrastrarían un déficit de subjetividad. De ahí que pueda afirmarse que, a pesar de las apariencias, el racismo es más *idealista* que *biologicista*. Lo que le falta al no-europeo es, en definitiva, espíritu. El racismo ilustrado perdura hoy como racismo liberal: el *hombre* blanco y occidental posee las características propias de la subjetividad, la libertad, la individualidad, vive en *sociedad*. Mientras que el extranjero sigue de algún modo atado a un estrato casi geológico y es sobre todo ingrediente de una *comunidad*. El racismo lo reduce a muestra étnica, “su cultura se vuelve su naturaleza”, escribe Roepert. Cada uno, en tanto mero ejemplar, condensa la cultura a la que pertenece, sin posibilidad de cambio ni diferencia. La naturalización resuena en el tratamiento discursivo que dispensan los medios de comunicación a los migrantes: son partículas condensadas en “olas”, “flujos” y “avalanchas”, es decir, movimientos ajenos a la historia.

El racismo se manifiesta en las principales instituciones de la sociedad burguesa: la ley, el dinero y la sexualidad. Ante el derecho, los inmigrantes africanos comparecen de entrada como ilegales. Una vez dentro del país, el estigma de la ilegalidad proyecta en ellos la sospecha del crimen. Además, su fidelidad a costumbres arcaicas les induce a tirar del cuchillo para resolver el menor conflicto. La inadaptación legal se correspondería asimismo con su vagancia innata, incompatible con la condición de sujetos económicos. Como la pereza no tendría remedio, los tachan de devoradores de subvenciones y rentas de inserción.

Sus hábitos sexuales, juzgados patriarcales y represivos por la mirada turística, se transmutan en violencia sexual nada más llegar a las sociedades democráticas.

De ahí que Donald Trump acuñara el insulto de *rapefugees*, que igualaba “refugiado” y “violador”.

Sin embargo, el racismo liberal no es el racismo nacionalista. Aunque procede de aquel, incorpora una novedad clave: lo propio está amenazado. La pérdida de los valores, el relativismo, el feminismo, el multiculturalismo, el ecologismo y hasta el veganismo desenfrenado estarían socavando la identidad colectiva, la hombría y la familia. Por eso deben unirse los patriotas en defensa de la bandera. La unión hace la fuerza, es decir, compensa la debilidad psíquica y el peso insoportable de seguir siendo sujeto. La compacidad del pueblo facilita la desobjetivación: para la conciencia populista, el extranjero ya no es el único inserto en el organismo comunitario, también el civilizado europeo se agrega como un ladrillo en los muros de la fortaleza nacional.

El otro pilar de la derecha populista es el antisemitismo. Esta afirmación puede extrañar en un primer momento porque se diría que el nuevo autoritarismo dejó atrás la retahíla de la “conjura del judaísmo internacional” o la “conspiración judeo-masónica”. Sin embargo, el delirio antisemita es decisivo, remite a la construcción imaginaria de una élite maligna y omnipotente. Para la mente populista, la élite persigue la ruina de la nación, saquea al pueblo inocente y orquesta la inmigración que arrincona a los nativos hasta lograr el “gran reemplazo”. La “casta” inculca los virus del cosmopolitismo, el “marxismo cultural”, el economicismo y la “ideología de género”, que difunden masivamente gracias a la “corrección política” y a su control en la sombra de los medios de comunicación.

La construcción fantasmática de la élite es, además, un ingrediente indispensable de las teorías conspiratorias. Para sus creyentes, cualquier noticia encaja en la red global de vigilancia que teje la difusa minoría perversa. Cualquier detalle insignificante, como las estelas de condensación que dejan los aviones en el cielo, es otro indicio más de una intoxicación planificada por el contubernio invisible. De este modo, la irracionalidad del capitalismo, que genera la crisis ecológica y su propia descomposición, es atribuida a una minoría insalvable y todopoderosa.

En efecto, las características imputadas a la élite se corresponden con la visión del mundo propia del antisemitismo. Pero no en el sentido de que los musulmanes u otro grupo hayan ocupado el lugar de los judíos, o que el antisemitismo sea simplemente una variante del racismo. No son lo mismo. Para el racista, el extranjero es menos sujeto, mientras que, para el antisemita, el judío tiene un “plus” de subjetividad, dinero, inteligencia y poder. Es un “supersujeto”. A pesar de la desaparición

ción del judío e incluso del apoyo al Estado de Israel en discursos y programas de la derecha populista, la estructura del odio a la élite es antisemita. Como el judío para los nazis en los años treinta y cuarenta, la élite personifica el dinero, encarna el valor abstracto y desarraigado que amenaza a la comunidad nacional. Una comunidad pseudonatural, dicho sea de paso, pues la nación es un invento moderno. Para esta cosmovisión el judío es un enemigo distinto al extranjero: no otra cultura ni otra nación, sino la anti-cultura, la anti-nación.

El antisemitismo estructural también campaba a sus anchas en la izquierda antiglobalización, el movimiento *Occupy Wall Street* o la protesta del “Somos el 99%”. Ahora bien, no debemos olvidar los pasadizos del antisemitismo estructural al clásico: la Hungría de Viktor Orbán ha convertido a filántropo y millonario judío Georges Soros, a través de una campaña de difamación claramente antisemita, en el principal enemigo de la nación.

El populismo conlleva una elaboración simbólica del miedo y el resentimiento. El alivio de la frustración en la exaltación colectiva de símbolos compartidos nos da una pista sobre la presencia de fuertes componentes afectivos e imaginarios. La idealización vertical del líder y la identificación horizontal entre sus seguidores, según la descripción de Freud, generan un fuerte sentimiento de unidad. Que esta condición sea común al populismo de derechas y al de izquierdas no es casual. Pues el populismo cumple, en relación con *toda* la sociedad, las funciones estabilizadoras del mito. De hecho, es la noción de mito la que permite adentrarnos en el síndrome autoritario. Ahí reside la fecundidad teórica que diferencia el libro de los enfoques predominantes sobre el tema. La tesis se desarrolla en el capítulo cuarto: “Sociedad burguesa y mitología de la crisis del populismo de derechas”. El racismo y el antisemitismo son elementos de una mentalidad mítica que trata de elaborar simbólicamente la crisis de la sociedad moderna.

La noción de mito que introduce Roepert procede de *Dialéctica de la Ilustración* de Theodor W. Adorno y Max Horkheimer y de *El mito del Estado* de Ernst Cassirer. Según los primeros, mito y ciencia moderna coinciden en instaurar un orden que encauza el miedo a los peligros de la naturaleza, pero mantienen diferencias decisivas. Roepert subraya dos. La primera es la confusión entre lo vivo y lo no-vivo. Para la conciencia mítica, elementos y seres de la naturaleza están dotados de vida propia; en cambio, para la Ilustración, el único sujeto es el hombre, la naturaleza funge como suma de recursos a su disposición. La segunda diferencia es la

capacidad de los mitos para erigir identidades colectivas basadas en la “objetivación de sentimientos” y la “metamorfosis del miedo”, expresiones de Cassirer.

Ahora bien, pertenece a la *doxa* moderna la creencia de que la burguesía liquidó los mitos y que, si alguno queda, figura a modo de inventario como mera antigüedad. En realidad, la formación social capitalista ha producido nuevos mitos, llamados a elaborar simbólicamente la contradicción entre libertad y heteronomía propia de la sociedad burguesa. En ella la dominación está mediada por la libertad subjetiva, es decir, se realiza “a través del principio de la libertad” (p. 161), que *aparece* en el plano individual, pero cuya *esencia* consiste en el sometimiento a la economía y las normas de subjetivación.

La heteronomía remite al imperativo ciego de acumulación de capital, que invierte medios y fines: el individuo es tratado como objeto por el sujeto autotélico del valor, cuya “voluntad” es “trascender” el mundo y transformar dinero en más dinero. Las categorías económicas adquieren por ello un carácter fetichista: “trabajo”, “dinero” y “capital” se naturalizan hasta el punto de imponerse como un proceso biológico independiente, claramente recogido en la metáfora del “crecimiento económico”.

Junto a la fuerza gravitatoria del “sujeto automático” existe la dominación de las normas, que dictan los requisitos que debe reunir todo sujeto que se precie de serlo: pensamiento racional y disciplina psico-somática. Las reglas de la subjetividad no se deducen de la economía política, pero refuerzan la servidumbre de los sujetos bajo la valorización del valor.

En la sociedad de la mercancía las exigencias de autodomínio y conformidad empujan al yo al borde de la despersonalización. Un paso en falso basta para precipitarse al vacío social. El fracaso pondría al descubierto las cicatrices de la camisa de fuerza económica y normativa, un rastro de heridas que finalmente habrían sido en vano. Como cuestionar “la coacción muda de las circunstancias” significa poner bajo sospecha los presupuestos de la propia subjetividad, la autorreflexión es “reprimida” bajo la égida de los mitos burgueses. La desesperación con la que se los reivindica da la medida del derrumbe psíquico.

El colapso desencadena las formas más irracionales de compensación mítica. Ese ha sido el caso de la crisis de 2008-2014. No se trataba ni de un bache ni de un “mal viaje” pagado a los tiburones de la banca. Las catástrofes ecológicas y el cenit de la acumulación del valor por mor de su propia dinámica histórica, nos sitúan ante una debacle inédita. La “Gran Recesión” se cerró en falso para transformarse

primero en una crisis de deuda de los Estados y hoy en “crisis potencial”, latente, en un haz de procesos y tendencias que apuntan a un marasmo de la formación social capitalista o, como mínimo, a la caída en picado de su capacidad para la integración social.

Pues bien, ¿cuál es el mito político central de la sociedad burguesa? La nación. El Estado, que en los albores de la modernidad se concebía como resultado de un contrato racional entre individuos libres, a lo largo del siglo XIX fue recubierto por la figura de la nación, que convierte la unidad política en un destino. Lengua, tierra y sangre son las fuentes de la comunidad nacional, que justifica a la vez religiosa y naturalmente la existencia del Estado. El populismo autoritario, en tanto elaboración afectivo-simbólica de la crisis, reafirma radicalmente el mito de la nación primigenia. Su carácter idealista es un rasgo mitológico: la nación es pensada como una sustancia que existe desde la noche de los tiempos y enlaza a los sujetos con el aura total de una “religión de la vida cotidiana” (*Alltagsreligion*), concepto acuñado por Detlev Claussen.

El populismo, como todo mito, tiene elementos racionales e irracionales. Racional es la voluntad de orden y comprensión; irracional, la identificación con el sistema. Pero su programa es ante todo irracional porque descabezar las élites, levantar muros y campos de internamiento para extranjeros no resolverá nada. El lado irracional del populismo escapa a los estudios académicos citados, sobre todo a las explicaciones superficialmente económicas y a las prestigiosas lecturas políticas. Las masas azuzadas por el demagogo, que toman el Capitolio de EEUU o las sedes de los partidos “traidores”, responden a una visión mítica de la realidad. Solo el bloque de las explicaciones culturales recoge parcialmente la dimensión irracional, y en esa medida se acercaría al enfoque del libro. Pero hay una diferencia fundamental: Roepert parte de una teoría crítica de la sociedad moderna, de su dominación anónima y estructural, que genera una contradicción irresoluble en el interior de los sujetos.

Precisamente la compensación mítica que arman el racismo y el antisemitismo debe entenderse como respuesta a la frustración del sujeto en la crisis. El autosacrificio provoca un desgarramiento psíquico no resuelto: la represión de la naturaleza interna no ha dado finalmente ningún beneficio suficiente. Para colmo, en su sentido se refleja el recuerdo remoto de una “felicidad sin poder” (Adorno y Horkheimer), que la envidia tiende a proyectar en los migrantes y los nietos del “buen salvaje”, descendientes imaginarios del paraíso perdido.

La ambivalencia en el interior del sujeto se manifiesta en la dialéctica de racismo liberal y racismo nacionalista: se desprecia al negro como inferior, pero se teme y envidia su supuesta potencia sexual y sus cálidos lazos comunitarios. La dialéctica es visible en las dos ramas de la derecha populista: la conservadora y la antisistema. Su raíz común podría explicar que hoy los partidos de la derecha clásica acaben pactando con la ultraderecha, o que dentro de esta coexistan dos almas: una liberal-conservadora y otra que hace guiños al fascismo histórico. ¿Por qué así? La razón estriba en que el populismo derechista no cae de la nada, incuba sus huevos en la descomposición del conservadurismo. Ahora bien, los autoritarios no son exactamente conservadores del orden neoliberal, sino *rebeldes conformistas* que luchan contra los supuestos causantes de la crisis para restablecer una comunidad que nunca existió. Una rebelión en verdad espuria, pues se identifica desesperadamente con el sistema a la vez vigente y en quiebra.

La derecha populista responde al horizonte de colapso con una terapia que agrava la patología, una medicina letal que pretende atajar en la fantasía la desintegración psíquica y el derrumbe económico. La morfina es una simplificación brutal: a un lado, el pueblo bueno; al otro, la personalización demoníaca de la élite y la masa migratoria de naturaleza desbocada.

El mito populista no puede ser combatido con la dogmática del centro liberal. Según expone el capítulo quinto, este discurso se cuarteja a medida que empeora la crisis. ¿Y cómo afronta la izquierda el nacional-populismo? En general considera el final del fordismo una opción entre otras y no una consecuencia histórica objetiva impuesta por la acumulación del capital. De ahí la “nostalgia fordista” de sus recetas: desglobalización, renacionalización, control financiero, soberanía energética y un keynesianismo verde que revitalice el añorado “crecimiento”, pues también para la izquierda oficial refulge quimérico como El Dorado.

Si se acepta el punto de llegada de Roepert, habría que concluir que el antídoto contra el nacional-populismo no pasa por teñirlo de rojo. Esa vía en realidad abona el terreno a la conciencia mítica. Basta observar la peligrosa deriva del insulto “casta”. La alternativa pendiente necesita una teoría crítica de la sociedad productora de mercancías y de los mitos que intentan mantenerla en pie cuando se resquebrajan sus cimientos.

Daniel Barreto

[danielbarreto2005@yahoo.es](mailto:danielbarreto2005@yahoo.es)